

## CIENCIA Y SOCIEDAD.

---

Fernando Miguel Pérez Herranz  
Profesor Titular del Área de Filosofía del Departamento de Humanidades Contemporáneas de la Universidad de Alicante.  
Miembro del IEPC.

A finales del siglo XIX, las ciencias se encontraron en vueltas en una crisis interna de fundamentos—paradojas, inconsistencia, indecidibilidad...—. Husserl en la Crisis de las ciencias europeas no denuncia ni el rigor ni la fertilidad de las ciencias, sino la pérdida de su significado vital. La crisis se hace extrema con la Segunda Guerra Mundial. ¿Se puede pensar la filosofía después de Auschwitz? ¿Se puede pensar la ciencia después de aquella catástrofe? (Adorno).

La conciencia europea queda desgarrada por los efectos masivos directos de la producción científica que había sido orientada hacia la Guerra. El vínculo ciencia técnica (Tecnociencia) comporta modificaciones radicales en el medio natural: desastres ecológicos o cambio climático; en el medio urbano: la deshumanización de las megaciudades; en la vida misma de los seres humanos: ingeniería genética, cirugía cyborg...; e incluso promueve resultados siniestros con el uso de la energía nuclear con fines bélicos, la contaminación química, etc.

Todo esto obliga a plantear la posibilidad de establecer «límites en la investigación científica» y la demanda de ayuda a la teología, a las religiones, a la ética recetario o a las costumbres. La confrontación no se hace esperar entre los «nuevos apolíneos», defensores a ultranza de la ciencia, para quienes el único conocimiento válido es el científico y la ciencia es la medida de todas las cosas (gnosticismo científico); y los «nuevos dionisiacos», detractores radicales de la racionalidad y de la búsqueda de soluciones científicas. La ciencia sólo se define por su desarrollo tecnológico, pero no afecta al ser humano en su esencia; la ciencia no sería sino el mito racional de Occidente al servicio de los «sacerdotes» de una sociedad tecnocrática.

Frente a estas posiciones, defendemos que ni la ciencia ni la filosofía pueden quedar cuestionadas por las grandes catástrofes del siglo XX procedentes de las tecnologías. Al contrario, la ciencia sigue siendo el único motor concebible del posible progreso humano, porque es capaz de deducir de los experimentos y de sus construcciones metodológicas formulaciones que todos debemos aceptar, porque son objetivas. Pero, en cualquier caso, la confrontación entre apolíneos y dionisiacos es aparente —Colli ha mostrado que pertenecen al mismo grupo mitológico—. La oposición decisiva se establece entre la concepción positivista del mito creador, que considera que la técnica reemplaza con éxito al poder divino y que nada se debe al pasado; que la ciencia no es más que un conjunto de experiencias que deben ser acogidas en un sistema lógico coherente. Y frente a este mito defendemos la posición de la ciencia como inteligibilidad, como el saber que traza el camino necesario para comprender la lógica del mundo (ontología), pues la conciencia se forma justamente en el desarrollo de la ciencia. Son las ciencias las que constituyen las conciencias, porque las están configurando en la propia investigación o porque la reciben a través de ciertas instituciones (enseñanza reglada, revistas de divulgación, películas...). Es esta la razón de la importancia que adquiere la Geometría en nuestra cultura occidental, como ciencia-fuente, modelo de las demás ciencias, aunque en nuestra época es necesario extenderla hasta la Topología. Un tratamiento adecuado de la Topología nos permite acceder a una descripción de los estados de cosas fenomenológicas (tri o tetradimensionales) y entonces las partes del lenguaje ordinario quedarían conectadas precisamente por el lenguaje matemático-topológico y no ya absorbidas por los sistemas lógicos formales válidos exclusivamente en el mundo unidimensional, y que es el camino que persigue el mito creador, o por la pura especulación, el camino que persigue el mito gnóstico.

